

una canoa, y en llegando á vista del sumidero en debida distancia que no llamase el remolino cuando abriesen, hincaban una buena estaca en la laguna y á ella amarraban la canoa, con que la aseguraban; luego el buzo que habia de abrir el desagüe, sabia que tenia dos ó tres vigas que servian de puerta, en la forma siguiente: las unas cabezas estaban atadas con fuertes cuerdas al modo de goznes, las otras cabezas estaban atadas con unos cordeles ó mecates, los que cortaban por esta parte, y el golpe del agua levantaba las vigas que quedaban estacadas por la otra parte: salida el agua, volvian luego á estacarlas como estaban antes. Al dicho buzo lo ataban por los pechos con un cordel largo, arrojábase de la canoa al agua, é iban dándole cuerda los de la canoa, y llegado cortaba con presteza los cordeles, y con la misma, ayudado de los de la canoa que tiraban del cordel con que estaba atado, lo retiraban del remolino que luego hacia el agua, entraba en la canoa y volvian á sus casas.»

Otro anciano indio, preguntado sobre el asunto, aseguró: «que conocia el sumidero llamado como queda dicho, situado entre los dos Peñoles, que funcionaba perfectamente antes, y no ahora, tal vez por hallarse enzolvado: que estaban en el plantados dos idolos, uno en figura de hombre y otro en la de mujer, mirando el uno al otro de Oriente á Poniente, y entre ellos se encontraban las vigas que sierran el desagüe que corria de Norte á Sur, y que las últimas del Oriente servian de puerta, se levantaban por la del Norte y pendian de la del Sur: que la cueva por donde entraba el agua era de peñasco: que conocia el lugar y podia guiar á él.»

Fué también examinado para declarar el Sr. D. Antonio Ortiz de Zúñiga, racionero de la Catedral de México, quien dijo: «que siendo niño de diez años, yendo con su maestro el Racionero Lázaro del Alamo, ahora 64 años, á hacer una diligencia á Xochimilco en una canoa fuerte, con seis diestros remeros escogidos para el efecto, acaeció que dejando á mano derecha la albarrada, fueron atravesando para entrar en la acequia grande, y oyó muchos gritos de los indios remeros, diciendo: «tened, tened, que nos vamos entrando al sumidero,» y oyó un golpe grande de agua, como que caia en profundo. A las voces despertaron todos, por ir durmiendo, é hi-

cieron grandes diligencias poniendo la canoa de costado, por que la fuerza del agua se la llevaba por la punta, y haciendo esto con fuerza y maña, se fueron retirando poco á poco; y preguntóle su maestro que no entendia la lengua: «que decian los indios de la causa de aquel peligro,» les oyó platicar y decir que aquello era un resumidero de remolino, y que el agua, con la fuerza del remolino los llevaba al fondo, y los indios asombrados daban gracias á Dios por haberlos librado del peligro; y añadió, que aun estando bien desviados se oia el golpe del agua.»

Dejando ahora las tradiciones verbales conservadas en la memoria de los testigos que entonces declararon, hablaremos de las dos pinturas que consiguió el P. Calderón, á saber:

La primera, que proporcionó el indio Hernández, medía vara y media en cuadro, estaba hecha en papel de maguey, las figuras de diversos colores, revelando toda ella una antigüedad de más de 200 años, sin rastros de huellas cristianas, y representando á México y su comarca en la época anterior á la Conquista por los españoles.

Se figuraba á la ciudad por medio de un cuadro: la primera línea del Oriente corría de Sur á Norte y significaba el albarradón de San Lázaro: la segunda línea del Occidente iba desde Chapultepec hasta Tlatelolco: la tercera, del Norte, desde este barrio hasta encontrar el citado albarradón: la cuarta línea, del Sur, corría de Poniente á Oriente, en forma de una vistosa acequia, que arrancando de las vertientes de Chapultepec, corría por el ejido que mira hacia Tacubaya, pasaba cerca del puente de la iglesia de San Antonio, tocaba el albarradón de San Lázaro, proseguía hacia el Oriente, porque en esa fecha tenía la laguna como una legua, y remataba en el desagüe ó sumidero de Pantitlán.

«Esta acequia, dice una relación antigua, guarnecian sabinos sus orillas, rio perenne por pecharle á la continua los manantiales de Chapultepec, así el que brota el haz del cerro, como el del lado de la alberca, y aquí guiaban las vertientes de aquellos altos, seguro de inundacion de este lado, porque iban las aguas por la caja de la acequia, hasta el resumidero que está pintado entre los dos Peñoles que inclina mas al del Sur: tiene pintados en la boca re-



molinos de agua, y allí tres escalones, y en el de en medio una bandera, por el que hubo el nombre de Pantitlan, porque *Pámitl*, en mexicano dice bandera.»

El indio Hernández, que suministró como hemos dicho el anterior curioso mapa, fué preguntado por qué se habían tapado todos los otros sumideros, dejando sólo el de Pantitlán, y contestó que para «tener agua y pescado.» Preguntado también «por qué, si la laguna tenía un desagüe natural, para qué los indios habían construido una albarrada entre aquella laguna y la ciudad,» respondió que no lo habían hecho los indios para defenderse de inundaciones, sino «por otra comodidad, y era, que dentro de la ciudad tenían huertos y arboledas, y éstas se regaban con agua dulce de los altos, y para que las aguas saladas de la laguna no se mezclasen con la dulce, había sido la albarrada: ésta halló hecha el Sr. D. Luis de Velasco, y la renovó.» (1)

Tenía á la vez pintada el mapa otra acequia que venía del Sur por la laguna de Mexicaltzinco hasta Pantitlán. Por esta parte estaba figurado el camino que iba á Puebla, y á la parte Norte el que venía de Guadalupe, y por último, hacia el Poniente, los tres caminos que conducían respectivamente á Chapultepec, Tacuba, y Azcapotzalco.

El segundo mapa ó pintura lo proporcionó un indio anciano de Santiago Tlatelolco, quien estando enfermo, prometió si se aliviaba conducir á los españoles al sitio en que existía el sumidero de Pantitlán; pero murió al tercer día de haber entregado la pintura.

Tenía ésta la forma de libro, estaba hecha después de la Conquista, pues representaba no sólo tres resumideros del agua, y el modo de abrirlos y cerrarlos, sino también muchos sucesos posteriores á la época de los indios, y le acompañaba una leyenda en mexicano, explicativa de lo que había representado el pincel indígena, la cual traducida al castellano decía así:

«Los mexicanos, á los cinco años de su fundación habiendo hallado en el llano muchas cuevas entre carrizales y cañaverales, les dijo su dios, aquí ha de ser la parada, ya no hay que ir á otra parte;

(1) De ser cierto el dicho de Hernández, el albarradón de San Lázaro era anterior á la Conquista, como lo fué el antiguo ideado por Netzahualcoyotl.

y luego cerraron las cuevas por donde entraba el agua, que era su salidero ó consumidero, y en cerrando las cuevas se causó haber agua salobre en la laguna.»

La pintura contenía figurados en seguida á los reyes de México, los cometas que aparecieron antes de la venida de los españoles, su entrada á México, la paz con los mexicanos, los virreyes que habían gobernado la Nueva España hasta el marqués de Cerralvo, terminando el Códice en el año de 1620, y guardando en todo su contenido la mayor puntualidad y verdad, según afirman los que le vieron.

Ultimos testimonios aducidos para comprobar la existencia del sumidero, fueron una carta del P. Carochi de la Compañía de Jesús, y un párrafo de la obra escrita por el Capitán D. Bernardo Vargas Machuca, impresa en Madrid en 1599, bajo el título de «Milicia y descripción de las Indias.»

«Por acá, decía el P. Carochi, se ha dicho mucho lo del desagüe nuevo, no sé si es cosa que baste para tanta agua; pero bien entiendo que hay algún sumidero, porque es cosa muy sabida entre los mexicanos, y me parece que el padre Juan de Tobares (fue insigne lengua mexicana) me lo dijo, no se que veces; fuera de esto, tengo yo en mi poder una historia de la venida de los mexicanos á estas partes, que compuso un meztizo, gran lengua mexicano, llamado Cristóbal del Castillo, que habrá unos 25 años que murió, y era de ochenta cuando falleció. En esta historia se refiere, que el que al principio capitaneó á los mexicanos, Huitzilopochtli, á quien después tuvieron por dios, murió en el camino, y sus huesos y cuerpo fueron trayendo por el camino en un cofre, y el demonio les hablaba por ellos. Después que llegaron los españoles, se apareció á los mexicanos, y les dijo que llevasen sus reliquias á la laguna y las echasen en el sumidero, y así dicen que los sacerdotes de la gentilidad fueron á echar al infernal envoltorio en medio de la laguna, en el ombligo de ella, que está entre unos cerros pequeños, donde hace remolino el agua.»

Vargas Machuca, en su libro mencionado, hablando de los ríos, fuentes y lagunas, dice aludiendo á la de México: «esta laguna, aunque la ceban buenas aguas dulces, es medio salobre, y cria un pescadillo regalado; tiene de círculo 25 leguas; no tiene desagüero contado, porque por debajo de una sierra muy alta, sin ser



visto, se desagua y corresponde á 10 ó 15 leguas de ella, y entra en la Mar del Norte.»

Hasta aquí hemos copiado ó extractado las informaciones y datos que consigna el manuscrito antiguo ya citado, que lleva por título «Noticia corriente, verdad no hallada, creida de unos, ignorada de otros y despreciada de todos, el tesoro de la imperial ciudad de México en el desagüe de la admirable laguna de Texcoco, enemiga capital de ella.» (1)

Ahora vamos á citar lo que dicen tres historiadores del siglo XVI, que hablan también del famoso sumidero de Pantitlán.

Fr. Bernardino de Sahagún, en su «Historia de las cosas de Nueva España,» Lib. 1º Cap. XXI, enumerando las fiestas que se hacían á los dioses del agua, llamados Tlaloques, dice que «los papeles y aderezos con que habían adornado estas imágenes, y todas las vasijas que habían sido menester para el convite, tomábanlo todo y llevábanlo á un sumidero que está en la laguna de México que se llama *pantitlan*, y allí lo arrojaban todo.» Más adelante, Lib. 2º Cap. VI, describiendo la fiesta que se hacía en el mes Etzacualiztli, asegura que «en este mismo mes mataban muchos cautivos y otros esclavos compuestos con los ornamentos de estos dioses Tlaloques, por cuya honra los mataban en el mismo Cú. Los corazones de estos que mataban, íbanlos á echar en el remolino, ó sumidero de la laguna de México, que entonces se veía claramente...» (2) En el mismo Libro, Cap. XX, refiere los sacrificios que se hacían de niños en el mes que se llamaba Atlcaoalo ó Quavitleloa, á los cuales niños les sacaban los corazones en los montes altos y en diversos lugares de la laguna: á unos en Tepetzinco (Peñol de los Baños), á otros en Tepepulco (Peñol del Marqués), «y á otros en el remolino... que llaman *Pantitlan*.» Por último, en el Cap. XXV del propio Libro, afirma que el dicho sumidero estaba «frontero de las atarazanas...»

Fr. Diego Durán, en su «Historia de las Indias de Nueva España,» tratado segundo, Cap. LXXXVI, escribe minuciosa descripción de las fiestas que se hacían al dios de las lluvias, de los relám-

(1) Apéndice al Diccionario de Historia y Geografía, tomo II, artículo *Desagüe de México*.

(2) Quiere decir que este sumidero se tapó después.

pagos y de los truenos, llamado por los indios Tlaloc, y cuenta que en el citado sumidero de Pantitlán se sacrificaba una niña, que era conducida en canoas llenas de espectadores y de sacerdotes que hasta allí la acompañaban. Asegura que este sumidero era peligroso para las embarcaciones que se acercaban á él; que el famoso tesoro del rey Motecuhzoma que perdieron los españoles en su fuga durante la Noche Triste, lo arrojaron los indios en aquel sumidero, el cual se había cegado mucho después de ganada México, por haberlo dejado de limpiar como solían hacerlo los indios cuando celebraban allí sus sacrificios y ceremonias, y que los mismos le habían asegurado que si se limpiase habían de encontrar «cosas preciosas de oro y plata y joyas y piedras...»

Pero lo más curioso é interesante que contiene el citado capítulo del P. Durán, son las siguientes noticias que corrían en su época sobre si era sumidero ó manantial aquel sitio, y otros por menores que con él se relacionan.

«Y no quiero dexar confusion, dice, en la bariedad que desta relación allé, y es que unos dicen que era sumidero y otros que no, sino manantial, y que salia por allí en tiempo de aguas mucha cantidad de aguas que henchian toda la ciudad de México y sus açequias de agua, y casi anegaba todos los pueblos que en sus playas y riberas hauia; que acontecia subir el agua hasta sus pertenencias como lo afirman los de Chimalhuacan Atenco y los de Chicaloapan, y toda la cordillera que está de pueblo que los bera de la laguna hasta Tetzco; admirándose agora como cada año ba á menos y no a mas, y que si no fuese por los rios y grandes fuentes que entran en ella y la sustentan ya se hubiera secado, y en esto fundan su razon los que dicen que aquel ojo era manantial que se seca, y que si se tornase a limpiar que correria la ciudad mucho peligro, supuesto que açequias que hauia en México en la ynfidelidad suya, que eran muchas, estan cegadas, y que no hallaria el agua por donde se estender y de necesidad se anegaria. Los que tienen la contraria opinion de que era sumidero dicen, que las fuentes del marquessado proceden de allí, y que se ha bisto manifestamente por experiencias que han hecho para satisfacerse, y mas dan otra razon que por lo que por aquellos mineros se ressume, se reuiente por